

LA CRISIS DEL CAPITALISMO Y AMERICA LATINA

Oscar Figueroa (*)

I.—Introducción

Hablar hoy en día de la crisis norteamericana y referirse a las implicaciones que ésta puede tener para América Latina, es cualitativamente distinto del enfoque de aquel mismo problema en los años 69-71, cuando se verificaba una situación similar aunque menos profunda. En aquella época, los signos de descomposición extra económica en Estados Unidos eran más graves, representados por el desarrollo de un amplio movimiento marginal (hippies), por la creciente oposición interna a la guerra de Vietnam, por la descomposición del ejército norteamericano en campaña, por el movimiento negro y feminista, etc.

Esta situación estaba acompañada en América Latina del surgimiento de una actitud de rechazo al imperialismo, que en términos políticos se expresaba en la aparición de algunos gobiernos de marcado tinte anti-imperialista y nacionalista (algunos en mayor medida que otros), que representaban una creciente esperanza de emancipación del continente.

Este cuadro en conjunto sustentaba un gran optimismo en el análisis latinoamericano de la crisis de Estados Unidos. El resultado para América Latina resultó ser frustrante.

La crisis que presenciamos hoy se presenta en un contexto diferente para los intereses latinoamericanos. Ahora ya nadie piensa que el desenlace de la recesión norteamericana será el derrumbe del sistema capitalista encabezado por los Estados Unidos. Al contrario, aparece claro que la crisis no reviste las características de 1929-33, y por lo tanto ni con mucho se aproxima a la bancarrota del sistema. Menos ahora cuando comienzan a manifestarse síntomas de recuperación económica en los Estados Unidos, recuperación que posiblemente será lenta y difícil pero constituye una esperanza para el sistema. Lo que ha quedado perfectamente claro es que los

(*) Profesor investigador del Instituto de Investigaciones Económicas de la Universidad Central.

Estados Unidos y el sistema capitalista seguirán afectados por crisis periódicas que fatalmente conducirán al derrumbe del capitalismo en un futuro ahora no previsible.

Por eso, en nuestro análisis intentamos explicar las causas intrínsecas de estas crisis, demostrar por qué se siguen y seguirán dando y particularmente las repercusiones de la depresión en América Latina y sus eventuales consecuencias en el plano político.

II.—Antecedentes de la crisis

A los propósitos de este análisis conviene establecer los antecedentes de la crisis norteamericana actual a partir del período de finalización de la II Guerra Mundial.

Frente a una Europa devastada por la guerra y a un mundo subdesarrollado que comenzaba una etapa de industrialización por su desvinculación momentánea con las potencias centrales, Estados Unidos —con una industria muy activa e intacta hacia fines de la guerra— encuentra el campo propicio para comenzar la exportación de mercancías y capitales en alta escala.

Las perspectivas que ofrece Europa son evidentes: necesita rehacer su economía y para ello no puede acudir sino a Estados Unidos en busca de capitales para inversión. Al propio tiempo para Estados Unidos esta oferta está materializada en las altas tasas de ganancia y el bajo precio de la mano de obra en Europa.

De otro lado, el proceso de industrialización surgido en América Latina servirá ahora, superada la guerra, para ofrecer tecnología y capitales en gran escala por parte de Estados Unidos.

Pero, además de todas estas causales, hay un elemento ajeno a la economía misma que juega un rol muy importante en toda esta situación: el desarrollo del polo socialista en el mundo (que abarca ya toda la Europa Oriental, y pronto China). Esto, junto al debilitamiento producido por la guerra en las naciones capitalistas desarrolladas, con excepción de Estados Unidos, implica la necesidad norteamericana de erigirse en defensor y gendarme del "mundo libre", conjugando la tarea económica y política a través de los ya conocidos Plan Marshall, OTAN, SEATO, etc. Así, Estados Unidos asume el peso del desarrollo económico, militar y político de sus aliados capitalistas. Esto significa que un despegue económico de Europa y Japón no es suficiente para contrarrestar la "amenaza comunista", sino que también se hace necesaria la fuerza de las armas.

Esta situación refleja en esencia un aspecto económico fundamental: gracias al deterioro económico y material de Europa, gracias a la necesidad de la lucha por fronteras y territorios con el mundo socialista y debido a la necesidad de extender su influencia en el Tercer Mundo, Estados Unidos encuentra frente a sí un gran campo donde desplegar toda su potencialidad económica, ávida de actividad. En palabras de Ernest Mandel: "Es evidente que, desde el punto de vista histórico, en 1947-1948 Estados Unidos decidió que era preferible la reaparición de una competencia

en la Europa occidental y Japón a la pérdida de estas áreas para el sistema capitalista mundial. No obstante, tenemos que subrayar una realidad innegable: este proceso de restauración del imperialismo europeo occidental y japonés fue un fruto inevitable 'no sólo' de la guerra fría... sino también de un 'impulso económico' inmanente al capitalismo norteamericano" (1).

Así, no sólo se constatará un desarrollo de la producción norteamericana para la exportación de mercancías. Más importante aún serán los incentivos para la exportación de capitales, de tecnología y para la producción bélica. Se abre así un período de dominación y bonanza del capitalismo norteamericano y de su arma puntal, las empresas multinacionales.

Sobrepasando fronteras geográficas y aduaneras, las empresas multinacionales se constituyen en el elemento fundamental de transporte de capitales de inversión directa norteamericana en el resto del mundo. Atraídos por las tasas de ganancia más altas que en Estados Unidos y por las perspectivas de reproducción y de ampliación de los mercados, estos capitales y empresas se radicarán fundamentalmente en Europa y Japón y secundariamente en los países subdesarrollados (que no ofrecen tan vastos mercados ni seguridades tan grandes a la inversión): "...resulta ilógico la exportación de este capital a los países subdesarrollados, en principio a causa de la escasa amplitud de los correspondientes mercados donde colocarlo, pero también por la falta de seguridad política necesaria para la amortización de las costosas instalaciones. Esto explica por qué una parte considerable de la enorme expansión de las inversiones directas hechas en el extranjero por las grandes sociedades norteamericanas... se dirigió al Japón y a los países de la Europa Occidental" (2). Vemos entonces cómo la inversión privada norteamericana aumenta cinco veces entre 1950 y 1967 a nivel mundial, mientras que para Europa Occidental se multiplica por más de 10 en el mismo período (3).

Con esto podemos concluir que al mismo tiempo que se verifica la internacionalización del capital, se asiste a una dirección centralizada del mismo por parte de las grandes empresas norteamericanas.

Todo este proceso hace que se vaya produciendo una acumulación cada vez mayor en manos de estas empresas, que a través de los procesos de concentración ven aumentar su poderío, permitiéndoles al mismo tiempo una centralización del capital que se expresa en una absorción de las empresas más débiles y menos competitivas, junto con la fusión con empresas de ultramar, sobre todo europeas.

(1) Ernest Mandel. "Proceso al Desafío Americano", Ed. Nova Terra, Barcelona, 1970, pp. 15-16.

(2) *Ibid.*, pp. 17-18.

(3) Cf. José Valenzuela Feijoo, "Capitalismo, Subdesarrollo y Cambio", II Parte, Revista "Desarrollo Indoamericano", Nº 26, p. 37, Barranquilla, Colombia, noviembre 1974.

Por supuesto que todo este proceso tiene como condición el ensanchamiento cada vez mayor de los mercados. La dura competencia allí planteada lleva a un acelerado avance de los niveles de tecnología, que será el arma de penetración en los nuevos mercados, y el consiguiente abaratamiento de costos (es decir, mayor plusvalía relativa).

Este esquema se sustentará sobre ciertos factores, que permitirán la estabilidad y la reproducción de las condiciones de desarrollo.

El principal factor será siempre la acción que el Estado pueda desplegar en términos de coadyuvar a la estabilidad del sistema. Esta ayuda se traduce en la adquisición por parte del Estado de un gran volumen de producción privada; en la asistencia social y obras de infraestructura que permiten a las empresas productivas obtener una mayor plusvalía; en financiamiento para la investigación científica; en políticas militares y de militarización que requieren un alto nivel productivo en ese rubro, etc. (4).

Otro elemento fundamental en todo ese proceso de estabilización y desarrollo equilibrado, será el papel jugado por la política externa norteamericana, sobre todo la que se refiere a su intervención militar en diversos conflictos a través del mundo. Las guerras de Corea y Vietnam representan para el desarrollo económico norteamericano puntos fundamentales para períodos de auge y crecimiento; lo mismo puede decirse a nivel menor de otras actuaciones militares norteamericanas, como las invasiones a Santo Domingo, Guatemala, etc., en el nivel latinoamericano.

La política dirigida a lo que se ha llamado el "capitalismo del desperdicio", es decir a la producción de ciertos bienes no necesarios, pero que representan campos de inversión importantes, con grandes ganancias aseguradas por la demanda del gobierno de tales bienes, es otra forma de estabilidad y desarrollo del modelo.

Toda esta situación, entonces, ha estado enmarcada en una determinada política económica impuesta por los Estados Unidos a su desarrollo desde fines de la década del 40.

Después de la revisión de los elementos fundamentales de la política económica norteamericana, interesa reiterarlos para presentarlos como un solo bloque encaminado hacia un mismo objetivo.

En primer lugar, en lo que se refiere a la política exterior interesa destacar dos elementos fundamentales que marcan y que tienen incidencia importante en el desarrollo ulterior del capitalismo norteamericano. En primer lugar, una política militar que posibilita la función hegemónica mundial de los Estados Unidos y la salida de excedentes que buscan campos de inversión. Esta política militar se expresa en un nivel de gastos en ayuda a los aliados y en mantención de bases militares en el extranjero.

(4) Para profundizar el estudio del papel del Estado en la economía norteamericana, ver James O' Connor, "Estado y Capitalismo en la Sociedad Norteamericana", Ed. Periferia, Buenos Aires, 1974, especialmente caps. I y II.

En este aspecto es ilustrativo el aumento de estos gastos desde 3.453 millones de dólares en 1958 a 4.851 en 1970 (5).

Junto con esto, en segundo lugar, el incentivo para la creación del "complejo militar industrial", que representa el crecimiento y desarrollo de una gran industria bélica al interior de los Estados Unidos.

Siguiendo el aspecto de la política internacional, encontramos una política monetaria que amparada por los acuerdos de Bretton Woods y el FMI, ha posibilitado una inundación de dólares en el mundo, fundamental para los Estados Unidos en un momento determinado de su desarrollo y que permitió la "norteamericanización" del mercado mundial. (6).

A nivel interno, toda la política económica busca en esencia cumplir con el recetario keynesiano para evitar las crisis y amortiguar los efectos del periodo depresivo de los ciclos económicos. Esta política se **orienta sobre todo al pleno empleo y a la actividad estatal**. Se crea así una demanda estatal y un gasto estatal importante en la economía; se incentiva la inversión a través de políticas crediticias e impositivas, todo esto con la intención de que la inversión signifique un aumento considerable del nivel del empleo en la sociedad. Aunque estas medidas tengan dos efectos nocivos, la inflación y el déficit de los presupuestos fiscales, esas características están absolutamente compensadas por el nivel de auge que la economía alcanza y que culmina en el llamado "boom" Kennedy-Johnson.

III.—Causas y características de la crisis

A partir de la observación de la economía norteamericana, resultado de las políticas ya mencionadas, se observaba que al amparo de la guerra fría, del papel del Estado, de las inversiones en Europa, Japón y el Tercer Mundo, Estados Unidos va desarrollando una economía de creciente poderío y auge que, aunque acompañada de algunas leves caídas, apunta cada vez más o convertir a la Unión en una super potencia sin debilidades ni peligros de crisis, del estilo de la de 1929. Paradojalmente todos los elementos que constituyen la esencia del auge serán los que a la larga producirán y ahondarán la actual crisis norteamericana y del mundo capitalista.

Analicemos, entonces, con más detenimiento las consecuencias del desarrollo y de las políticas económicas norteamericanas.

Nos hemos referido en primer lugar a las políticas anti-recesivas programadas por los Estados Unidos. Decíamos que, en ese sentido, el Estado ocupa un lugar importante como programador y regulador de la ac-

(5) José Valenzuela Feijoo, *op. cit.*, p. 45.

(6) Vivian Trías, "La Crisis de los Estados Unidos y América Latina", *Problemas del Desarrollo*, Revista del Instituto de Investigaciones de la UNAM, N° 6, enero-marzo 1971, pp. 16-17.

tividad económica. Ahora bien, esta política económica tiene una gran tendencia inflacionaria. En primer lugar, la creciente actividad estatal tiende a necesitar cada vez más capital para poder llevarse a cabo. Ante esta situación el Estado tiene dos alternativas: a) recargar a la sociedad con impuestos, y b) el mecanismo de los déficits presupuestarios y de la emisión de moneda. Normalmente la política norteamericana se ha orientado en ambos rumbos. En la medida en que los efectos impositivos sobre la actividad de los monopolios se refleja después en el precio que estos fijan a sus productos, incidiendo sobre la inflación, o disminuyendo la producción para alcanzar estos precios superiores, el Estado ha evitado recargar allí su política impositiva. (En los gobiernos de Kennedy y Johnson se expidió una ley que reducía impuestos a las ganancias reinvertidas por las compañías). Así pues, normalmente, el recargo impositivo tiende a caer sobre los sectores medios y asalariados que, de este modo, ven disminuir sus posibilidades de consumo.

De allí que se haya recurrido con asiduidad al endeudamiento público como forma de dinamizar la economía. El efecto inflacionario resultó la natural consecuencia. Acompañando a este fenómeno se observó la expansión de los gastos de guerra en el presupuesto norteamericano, propiciando una salida de dólares que no regresa más a los Estados Unidos. A esto se agrega que la actual producción de guerra norteamericana, destinada principalmente a armamentos modernos del tipo de misiles intercontinentales, carece del efecto multiplicador de la producción característica de los armamentos tradicionales (7).

Todo esto provoca un deterioro progresivo de la economía norteamericana. Sólo los Estados Unidos cumplen el papel de gendarme del capitalismo, con los gastos que ello significa. Europa Occidental y Japón, receptores de gran cantidad de capitales desde los Estados Unidos en los albores de la post-guerra, se dedican a desarrollar sus economías y competir favorablemente con la producción norteamericana. El uso de la mano de obra más barata y la existencia de tasas de ganancia más altas (12% en Europa y Japón frente a 9% en Estados Unidos), determina un gran desarrollo en la producción de esos países, que comienzan incluso a exportar mercancías hacia los Estados Unidos.

Así, los índices de crecimiento económico de los Estados Unidos han sido ampliamente rebasados por las economías europea y japonesa, a tal punto que las exportaciones norteamericanas caen abruptamente (de 32.4% del total del mundo capitalista en 1947, a 15.5% en 1970), mientras crecen las de los países europeos y Japón (8). Este desajuste y los gastos militares tienen una gran incidencia sobre la balanza de pagos norteamericana.

(7) Theotónio Dos Santos, "La Crisis Norteamericana y América Latina", Ed. Periferia, Buenos Aires, 1972, p. 95.

(8) J. Valenzuela F., *op. cit.*, p. 39.

Esta situación, por supuesto, no es nueva para la economía norteamericana. En el período de expansión del capitalismo norteamericano, en la década del 50, el endeudamiento fiscal y el déficit de la balanza de pagos eran mecanismos importantes de acción que permitían copar la economía mundial. A medida que pasa el tiempo, ese mecanismo de la prosperidad norteamericana se convierte en "boomerang". Los gastos de Estados Unidos actualmente, conceptuados en ayuda financiera al exterior, inversiones en el extranjero y mantenimiento de su aparato militar resultan superiores a lo recibido por exportaciones, intereses, royalties, beneficios, etc. (9). Esto ha venido aconteciendo sobre todo debido a la creciente debilidad del comercio exterior para generar superávit, son causas de tipo estructural: "inflación perniciosa interna, que ha reducido la capacidad competitiva norteamericana; formación de bloques económicos internacionales; expansión en el exterior de las grandes compañías industriales de los Estados Unidos; mejoría en la capacidad competitiva de grandes países industriales como Japón, Alemania Federal y otros; y falta de suficiente dinamismo del comercio internacional" (10).

De esta manera, la balanza de pagos norteamericana alcanza un déficit de más de 5.000 millones de dólares a fines de 1974 y la balanza comercial sobrepasa en esa misma fecha los 3.000 millones de déficit (11).

Así, la fórmula de sustentación del auge norteamericano en la postguerra se convierte en la actualidad en su principal enemigo. Muerta la confianza, mueren con ella las bondades del equilibrio riesgoso. "Terminadas las reservas de oro (actualmente las reservas norteamericanas de ese metal alcanzan sólo para copar menos de un tercio de la cantidad de dólares norteamericanos regados por el mundo; O.F.), continuando el déficit de la balanza de pagos y aumentando las presiones inflacionarias en el interior, disminuyendo el poder de competencia de los productos norteamericanos en el mercado mundial, aumentando la presión sobre el dólar a escala mundial, los efectos hipnóticos de la magia del gigante mundial empiezan a desaparecer" (12).

Esta situación analizada y descrita corresponde a la crisis de la economía norteamericana hacia 1972. En esa fecha se puede establecer como la economía norteamericana traslada sus efectos al resto de los países desarrollados y los obliga a compartir el peso de la crisis.

La llamada Nueva Política Económica, impulsada por Richard Nixon

(9) Vivian Trías, *op. cit.*, p. 17.

(10) José Luis Ceceña Gámez, "La Crisis del Dólar", Problemas del Desarrollo, revista citada, Nº 8, julio-setiembre 1971, pp. 5-6.

(11) Gerardo Aceituno, "Estados Unidos: la situación económica durante el año 1974". Revista del Instituto de Estudios Regionales, Universidad de Cuenca, Nº 2, p. 178.

(12) Theotonio Dos Santos, *op. cit.* p. 48.

en agosto de 1971, representó una actitud agresiva en el plano internacional. Gravando las importaciones extranjeras, incentivando sus propias exportaciones, devaluando el dólar, luego de dejarlo flotar en el mercado de divisas, suprimiendo su convertibilidad en oro, Estados Unidos buscará fortalecer su economía y obligar a sus socios capitalistas a adoptar medidas, a compartir la crisis y negociar en términos aceptables para los Estados Unidos (13).

Aquella situación, como se ve por el análisis anterior, no significó resolver la crisis; sin embargo permitió un cambio de actitud de Europa y Japón, que comprendieron que presiones fuertes sobre la economía norteamericana no comprometían sólo a la capacidad de respuesta de los Estados Unidos, sino que podían apuntar a la bancarrota definitiva del sistema (14).

Es así, entonces, como a pesar que hoy existe optimismo en el ámbito de los negocios y las empresas en Estados Unidos respecto a una lenta pero segura recuperación, en el largo plazo no se puede ser tan optimista. Ya hemos visto como el análisis económico burgués ha sido incapaz de explicar y prever una situación de recesión e inflación simultánea (que Keynes y sus discípulos consideraban como fenómenos opuestos e incluso excluyentes).

En el marco de esta situación, Estados Unidos busca definir su relación con respecto al resto del mundo, reconociendo sus crecientes desequilibrios económicos aunque tratando de mantener su posición hegemónica. Sin embargo, la derrota militar en Indochina, la crisis del petróleo, la política de paz en el Medio Oriente, así como la situación portuguesa que atenta contra la unidad europea marcan objetivamente un repliegue importante de las posiciones norteamericanas en el mundo.

Reflejando estos hechos, una alternativa para los Estados Unidos es justamente la de disminuir su influencia a nivel mundial, reduciendo su expansión externa (económica, política y militar), reconociendo lo que ya es una tendencia, y descansando también en la ayuda que pueden prestar

(13) José Luis Ceceña Gámez, "Los Estados Unidos y la Nueva Política Económica de Nixon", Problemas del Desarrollo, Nº 10, febrero-abril 1972, pp. 5-6.

(14) Las repercusiones de la crisis en Europa y Japón se ven agravadas por la crisis del petróleo. Según datos publicados por Alvaro Briones en su trabajo "Incontenible tendencia a la Recesión", en la revista Problemas del Desarrollo Nº 19, se preveía para Europa en 1974 una tasa de inflación superior al 13%, sumado a bajas considerables del producto interno (Alemania, de 5.5% en 1973 a 0.75%; Inglaterra, de 5.6% a menos de 2.5%, para Japón la baja era más marcada aún: de 10.4% a 1.75%). Todo esto, por supuesto, acompañado de grandes pérdidas de las empresas, quiebra de algunas, reducción de la semana laboral, desempleo, etc.

los otros países desarrollados en su tarea de gendarme. Si bien esta posibilidad es relativamente válida, llevada a sus últimas consecuencias significaría la renuncia a la dominación mundial y a la expansión imperialista norteamericana, lo cual evidentemente no puede ser aceptado por la burguesía yanqui.

Una segunda posibilidad reside en un intento de alcanzar un equilibrio en su balanza de pagos. Esto puede ser obtenido ya sea devaluando el dólar, incrementando exportaciones o reduciendo las importaciones. La devaluación oficial del dólar puede ser descartada desde ya como ilusión, no es aconsejable por los resultados obtenidos y además por sus consecuencias inflacionarias. Para aumentar las exportaciones debe luchar en un mercado altamente competitivo y desfavorable para un país como Estados Unidos que tiene un nivel de productividad menor que sus competidores y un alto precio de la mano de obra.

La tercera y última posibilidad se refiere al aumento de la rentabilidad de sus inversiones en el extranjero, o al aumento de las remesas de capital desde las filiales a las casas matrices de las empresas multinacionales. El aumento de la rentabilidad es difícil por razones económicas (alta composición orgánica del capital en esas inversiones), como políticas (fuerte oposición en los países recipientes). Lo segundo significaría debilitar la posición y la fuerza del capital norteamericano al interior de las economías en que funcionan esas empresas, y también encontraría oposición cerrada por parte de los países que reciben (15).

Se verifica pues, que a pesar de que la economía norteamericana tiene oxígeno para algún tiempo, se debate entre problemas de difícil solución. La única alternativa posible y de efectos perdurables sería rechazar las tendencias económicas del capitalismo que condicionan este callejón sin salida, negando así al sistema.

Mientras tanto, la economía norteamericana se está volviendo contra las áreas que puede dominar más fácilmente para sostener su recuperación y enfrentar el futuro con más fuerza. Dentro de este campo, América Latina constituye un objetivo importante para los Estados Unidos.

IV.—América Latina y la crisis

La crisis latinoamericana no necesita de "ayudas" del exterior para hacerse más profunda.

La creciente desigualdad social y la pobreza, el ensanchamiento cada vez mayor de la brecha entre países desarrollados y países dependientes, la intromisión del capital extranjero, que explota y expolia trabajadores,

(15) Este análisis pertenece a José Valenzuela Feijoo, en su obra ya citada, p. 45.

riquezas naturales y mercados, son causa de crisis constante y factor de prosperidad metropolitana.

Por esta razón, se puede pensar que la crisis existente hoy en el capitalismo exigirá a América Latina un alto precio como contribución a la normalización de la vida económica en el centro. Sin necesidad de un análisis profundo aparece claro que las posibilidades de desarrollo y emancipación del continente se verán fuertemente amenazadas en el curso de la recuperación norteamericana.

La vinculación —como ya dijimos— está asentada por la fuerte influencia de los Estados Unidos sobre el continente, que casi por un siglo ha estado girando al ritmo que le impone la potencia hegemónica. Normalmente los Estados Unidos han sabido imponer —de diversas formas— sus decisiones con relativa facilidad en el ámbito latinoamericano.

La crisis del 69-71 inundó de optimismo las expectativas latinoamericanas en función del desarrollo de un gran polo de disconformidad y oposición a la política norteamericana, y que se representa institucionalmente en la existencia de gobiernos como los del Perú, Bolivia, Chile, en una creciente radicalización en la Argentina y Uruguay, en la adopción de medidas frente al capital extranjero de parte de los países del Pacto Andino, etc. El proceso de estabilización siguiente echa por la borda ese optimismo y las esperanzas latinoamericanas. Con una ofensiva inusitadamente violenta, aunque sin una participación muy abierta, el imperia- lismo logró vulnerar a las tendencias más radicalizadas del continente y neutralizar y aislar a los sectores que lograron subsistir.

El proceso económico y político en América Latina desde 1972 marca la tendencia hacia la recomposición del cuadro interno, con el surgimiento de políticas más centristas, pero de marcado corte nacionalista. Esta actitud se puede vislumbrar en la política argentina de exportaciones a Cuba; en el conflicto frente a la Ley de Comercio Exterior norteamericano; en la crisis de la OEA respecto al Tratado de Río que dio como resultado final la posibilidad de incorporación de Cuba al sistema interamericano; en la posición de intransigencia nacionalista del General Torrijos en Panamá; en el conflicto particular pero con respaldo continental de los países latinoamericanos de la OPEP y Estados Unidos, etc.

Respecto a la crisis misma, existe poca información detallada sobre sus repercusiones en América Latina. Lo que es obvio es la trasmisión de la inflación a lo largo de todo el continente. Al mismo tiempo, los países no productores de petróleo se han visto muy amenazados por el problema energético. En especial Brasil, que con un alto nivel de industrialización ha visto frustradas por esta causa algunas expectativas de su desarrollo.

En medio de esta situación, las grandes empresas monopólicas extranjeras han sabido cómo pescar en este río revuelto, aunque estos logros han sido claramente insuficientes para revertir la crisis norteamericana.

El otro problema fundamental y que adquiere gran importancia desde la crisis, es el de las materias primas. La lucha en torno a la fijación

del precio de éstas es otro de los puntos importantes de definición en la crisis. Hasta ahora se ha verificado un alza en el precio de materias primas, pero los Estados Unidos, por la incidencia que este factor tiene en la composición del precio de sus mercancías, ha venido presionando para conseguir una baja.

En el corto plazo, en condiciones de crisis, se supone que la economía central se repliega, disminuyendo así su vinculación con los países dependientes, como ha sido característico en épocas notables, como la crisis del año 29 o la II Guerra Mundial.

Para América Latina hoy día esta situación reporta una disminución de sus exportaciones; recibir menos inversiones privadas norteamericanas, junto con el intento de éstas de extraer mayores ganancias y beneficios por el mismo capital invertido.

A mediano plazo, es previsible que sea más bien la vía diplomática y de la cruda realidad económica el arma de penetración y afianzamiento del imperialismo en América Latina. Las condiciones políticas imperantes en América Latina también llevan a privilegiar esta alternativa para los Estados Unidos, que enfrentan hasta ahora a un bloque más o menos compacto frente a ciertos problemas ya reseñados.

Siendo así, aparece interesante explorar los posibles cursos de la política económica norteamericana de cara a su vilipendiado "hermano menor".

V.—*Perspectivas para América Latina*

El análisis de las posibilidades de estabilización de la economía norteamericana arroja luces importantes para estudiar como se redefinirá el papel de América Latina en la economía mundial. El término "redefinición" no está referido aquí a la posibilidad de cambios profundos en el esquema político-económico del continente, sino a que es posible esperar que, producto de esta redefinición, las consecuencias sean muy profundas y duraderas.

Siguiendo el mismo orden de análisis del tercer capítulo, la primera preocupación será la referente a la expansión o contracción de la influencia norteamericana en el mundo.

No se puede esperar que respecto a América Latina los Estados Unidos vayan a replegarse y disminuir su influencia. Si se verifica ello en alguna región del mundo (como ya ha sido en Indochina), más bien intentarán fortalecerse en aquellas áreas donde su hegemonía es menos discutida. Un lugar apropiado es, evidentemente, nuestro continente. En esa dirección, el crecimiento y robustecimiento de la influencia norteamericana tiene incluso sus causas objetivas en la actitud unitaria y a veces crítica del bloque latinoamericano.

La actitud norteamericana no tiene por qué reflejarse en una política de mano dura, como ya hemos dicho, sino que puede orientarse sobre

todo a nivel de medidas económicas duras, que se deducen de los puntos siguientes del análisis.

En el marco de los problemas a enfrentar actualmente por los Estados Unidos en el contexto mundial, mencionábamos en segundo lugar la necesidad de equilibrio de su balanza de pagos. Aquí, los mecanismos de importación-exportación pueden ser ampliamente aplicables en la economía latinoamericana.

Estados Unidos tiene la posibilidad concreta de aumentar sus exportaciones hacia América Latina, en la medida en que el mercado (aunque reducido) no es tan competitivo como el europeo o japonés; incluso cabe la posibilidad de deshacerse de gran parte de la maquinaria obsoleta trasladando procesos industriales a este continente, que serían bien recibidos al amparo del proceso de industrialización interna latinoamericana. Esto representa además, la posibilidad de incrementar la exportación de capitales hacia nuestro continente. En cuanto a las importaciones, si bien no es posible reducir su volumen en productos, está siempre vigente la posibilidad de reducir su valor, no sólo abaratando costos con mejor tecnología, sino incluso reduciendo los precios a través de las leyes del mercado, imponiendo así un mayor nivel de explotación al trabajo asalariado latinoamericano.

La política de aumentar la rentabilidad de las empresas norteamericanas en América Latina se acomoda perfectamente con la posibilidad de trasladar ciertos procesos productivos al continente. Habitualmente, los niveles de rentabilidad de las empresas norteamericanas en nuestros países han sido considerablemente altos. La baja composición orgánica del capital se presta para recibir nuevas inversiones de capital, y sin peligro ninguno para la estabilidad económica latinoamericana y para la hegemonía del capital norteamericano, se pueden restar constantemente grandes cantidades de esa inversión primitiva. Sólo la correlación de fuerzas existente en ese momento determinará el margen de maniobra de este recurso.

De este análisis se deriva que la condición fundamental para poder realizar esta política es el endurecimiento, por lo menos económico, del coloso frente a América Latina.

Nuestros países en general no se encuentran preparados para enfrentar una ofensiva de este tipo. La actitud nacionalista asumida por algunos gobiernos parece ser una fuerza insuficiente para contener aquella arremetida.

La bancarrota de la Decisión 24 del Pacto Andino, referente al tratamiento del capital extranjero, así como la reducción de los precios del crudo en el Ecuador, son algunos de los elementos que ya permiten prefigurar la reacción latinoamericana frente a la estrategia de los Estados Unidos.

Para el Ecuador la situación es más grave debido a la intención norteamericana de utilizar al país como instrumento para abrir una brecha a la OPEP, gran fuente de preocupación de los Estados Unidos.

Solo el curso que asuma el desarrollo de esta contienda en el futuro

inmediato determinará si los Estados Unidos harán valer solo su poderío económico en su robustecimiento en América Latina, o si tendrán necesidad de echar mano de herramientas más contundentes para su penetración y dominio.

En principio, las cartas están desplegadas; solo el curso de la historia y el papel asumido por los distintos movimientos sociales dirá si América Latina se somete y adecúa a esta política, o si nacerán procesos nuevos de radicalización que derroten las intenciones norteamericanas, es decir, la perspectiva de un largo y desequilibrado dominio del capitalismo en el continente y en el mundo.